



CIEA7 #8:

POLÍTICAS PÚBLICAS EM EDUCAÇÃO E FORMAÇÃO. A COLABORAÇÃO ENTRE O ESTADO E A SOCIEDADE CIVIL.

José S. Gómez Soliño[©]

jgomez@ull.es

¿Independencia política y dependencia lingüística?:

las lenguas como factor del desarrollo africano

Trascurridos cincuenta años de la primera oleada de independencias africanas, la mayoría de los nuevos estados viven lingüísticamente instalados en el statu quo colonial. Por su carácter intrínsecamente alienante y excluyente, este orden de cosas es política, cultural y educativamente lesivo para la construcción nacional de esos estados y coarta su desarrollo económico y social. El análisis de la experiencia africana pone en cuestión el modelo eurocéntrico tradicional sobre el papel de las lenguas en los procesos sociales e invita a un cambio de paradigma. De lo que se trata en definitiva es de alcanzar para todos el empoderamiento a través de las lenguas. Y ello supone no sólo el desarrollo por las lenguas, sino también el desarrollo de las lenguas.

Políticas lingüísticas africanas, lenguas africanas y desarrollo, lenguas africanas.

[©] Centro de Estudios Africanos - Universidad de La Laguna.

El fin del colonialismo y la eclosión de nuevos estados resultantes de ese proceso constituyen uno de los rasgos fundamentales del desarrollo histórico mundial en la segunda mitad del siglo XX, marcando incluso un cambio de época. Tras quinientos años de imperialismo, la humanidad ha entrado en la era global. Por lo que a África concierne, se suele señalar con frecuencia que dichos procesos exhiben rasgos propios, típicamente retardatarios, hasta el punto de que hoy, trascurridos cincuenta años de muchas independencias africanas, el Viejo Continente padece, en mayor o menor medida según los países, de una descolonización inconclusa y de un déficit de globalización. Los desafíos para la modernidad que ello supone son formidables, pero al mismo tiempo representan una oportunidad para que los africanos encuentren una voz propia que aporte soluciones innovadoras a los problemas comunes de la humanidad.

La cultura es una de esas áreas que necesitan respuestas africanas a la altura del tiempo en que vivimos. La descolonización cultural no ha alcanzado en la mayoría de los países el mismo nivel que la emancipación política, ni la producción cultural endógena ha adquirido la relevancia universal que cabría esperar de un continente tan amplio y complejo como África. Estas insuficiencias han su correlato más ilustrativo en el ámbito lingüístico, pues es aquí donde los viejos modelos eurocéntricos y el proceso de mundialización en curso presentan a las sociedades africanas con importantes desafíos para su modernización y desarrollo. Analizar esos retos y las respuestas que suscitan es el objetivo del presente trabajo.

A la hora de estudiar la situación actual de África desde una perspectiva lingüística, conviene tener en cuenta los usos fundamentales del lenguaje humano. Las lenguas tienen dos funciones esenciales. Son, por una parte, instrumentos de autoexpresión, es decir, sistemas por medio de los cuales manifestamos nuestros pensamientos y sentimientos; pero, por otra parte, y al mismo tiempo, las lenguas tienen también una función comunicativa, o, dicho de otra manera, son instrumentos de interacción verbal. En la primera de esas funciones, las lenguas están íntimamente imbricadas en la personalidad del individuo, puesto que constituyen el medio por el cual se conceptualiza la experiencia humana. Hay incluso quienes afirman que el lenguaje humano no solo traduce nuestro pensamiento, sino que es constitutivo de nuestro pensar. La lengua sería la matriz que guía nuestra interpretación del mundo. Esta función simbólica del lenguaje no debe entenderse como exclusivamente personal; representa más bien una construcción social, pues el lenguaje se adquiere en el seno de una comunidad, y es la conceptualización del mundo que dicha comunidad ha ido construyendo a través de la historia la que el individuo asimila, enriquece, y a través de la cual se expresa. Vistas así, las lenguas constituyen un

importante legado cultural, digno del respeto y la consideración que sus hablantes merecen. Quien pierde su lengua, pierde su alma (Heidegger: “La lengua es la casa del Ser”). Pero, también, quien hace propias más de una lengua, enriquece su bagaje mental y amplía su visión del mundo.

Las lenguas son, por otra parte, instrumentos de interacción comunicativa. Pero la interacción verbal no se limita al mero flujo de información, por muy importante que este sea en nuestras vidas. Además de solicitar o transmitir información, los seres humanos hacemos cosas y creamos situaciones con las palabras, y mediante ellas influimos o manipulamos a otros seres humanos y transformamos para bien o para mal la sociedad. De ahí que las lenguas hayan sido comparadas a armas políticamente cargadas, aptas para la defensa o la conquista, para la inclusión o la exclusión, para el dominio o la emancipación. Quienes ignoran el potencial político del lenguaje viven desprevenidos en un campo de batalla donde se dirime el control de la mente y las conductas en beneficio de objetivos normalmente contrarios al interés general.

Contemplada desde esta doble perspectiva, la situación lingüística africana se nos muestra al mismo tiempo transparente y compleja. Si, por un lado, la dominación colonial supuso un dominio en todos los órdenes, incluido el lingüístico, por otra parte, tal dominio ha terminado desembocando en la africanización de las lenguas coloniales. Es indudable que la colonización trajo como consecuencia el confinamiento de la mayor parte de las lenguas africanas al ámbito privado, quedando la esfera pública reservada a la lengua dominante en la metrópolis, que por eso mismo pasó a ser considerada como lengua superior, cuando no como *la* lengua. Este estado de cosas comportó la prejuiciosa devaluación de las demás variedades lingüísticas al rango de dialectos, primer paso en el declive hacia su potencial extinción. Aunque atemperada por políticas pseudonacionalistas, esta situación se puede aún observar en muchos estados africanos de nuestros días.

La discriminación de las lenguas autóctonas, con ser importante, no es, sin embargo, sino solo un aspecto de la cuestión. La otra cara de las asimétricas relaciones lingüísticas resultantes de la experiencia colonial nos la ofrece la africanización de las lenguas europeas. En su versión más extrema, el proceso de indigenización ha desembocado en la creación de variedades *pidgin* y en el desarrollo de lenguas criollas. Pero a un nivel menos radical, la apropiación de las lenguas coloniales por parte de los africanos ha dado lugar también a variedades con rasgos propios más o menos acusados, de forma que en el mundo postcolonial actual las antiguas lenguas metropolitanas se han convertido en vernaculares para ciertos segmentos de la población y su uso literario ha adquirido un tono distintivamente africano (Zabus 2007). En mayor o menor medida, las lenguas europeas son hoy

también lenguas africanas por cuanto pertenecen a un dominio lingüístico compartido. Así lo pensaba, por ejemplo, Amílcar Cabral, para quien el portugués era también una lengua caboverdiana (Tomás 2008).

Testimonio representativo de la ambivalencia de la situación actual es también el que nos ofrece Chinua Achebe. Tras describir la colonización como un proceso de “desposesión” (desposesión de la tierra y sus recursos, desposesión de la historia, desposesión de la dignidad,...) se pregunta el escritor nigeriano si el hecho de escribir en la lengua del colonizador no representa en su caso la desposesión definitiva (“Does my writing in the language of my colonizer not amount to acquiescing in the ultimate dispossession?”, Achebe 2009: 119). Nngũgĩ wa Thiongò respondería sin dudar que sí. Para este escritor keniano la descolonización política no fue acompañada de la emancipación cultural y para conseguir ésta es preciso expresarse en las lenguas endógenas africanas, pues sólo así se logrará la descolonización mental (1986) o, para expresarlo con palabras de Cabral, “la africanización de los espíritus” (Tomás 2008: 65-66). Achebe, sin embargo, reivindica tanto el inglés como el igbo como instrumentos para su producción cultural. Dominar ambas es una ventaja. No obstante, aunque el igbo, una de las tres lenguas más importantes de Nigeria, es su idioma nativo, utilizado en algunas notables piezas de ocasión, su medio preferido de expresión literaria es el inglés, lengua en la que Achebe ha llegado a ser un consumado maestro. Llama la atención, sin embargo, que Achebe interprete el predominio de la lengua inglesa, no en su dimensión cultural, sino más bien en términos pragmáticos. Para él el triunfo del inglés no responde tanto a una imposición colonial como a las demandas de los africanos, y muy especialmente a la necesidad de facilitar la educación y de promover la unidad nacional (*ibid.* 100/119). Estas dos premisas necesitan cualificación.

La razón más comúnmente esgrimida para justificar el estatus oficial de las antiguas lenguas coloniales es el de su neutralidad en el proceso de construcción nacional de los actuales estados africanos. Se asume que las lenguas autóctonas constituyen potenciales fuentes de conflictos y son por lo tanto lesivas para la necesaria cohesión nacional. Dejando a un lado las implicaciones neocoloniales que esa supuesta neutralidad comporta, considerada en términos generales, esta posición es demasiado simplista, cuando no interesada. Aunque necesitamos mucha más investigación sobre el papel de las lenguas como factores de integración nacional y como elementos de identidad sociocultural en las comunidades africanas (Web & Kembo-Sure 2000; Simpson, 2008), algunos hechos invitan a la reflexión. En primer lugar, hay estados notorios por su falta de cohesión nacional a pesar de compartir su población la misma lengua. Somalia es un ejemplo. En segundo lugar, hay en África al

menos otros nueve estados prácticamente monolingües (Bostwana, Burundi, Cabo Verde, Madagascar, Mauricio, Lesotho, Ruanda, Seychelles, Swazilandia,...), que, sin embargo, siguen dando prioridad a las antiguas lenguas coloniales. En tercer lugar, existen estados en los que la preeminencia lingüística la ostentan no una, sino dos lenguas europeas. Camerún o Mauricio son los mejores ejemplos. Hay, en cuarto lugar, estados que promueven activamente hasta once lenguas oficiales, como es el caso de Sudáfrica. Finalmente, algunos países africanos, como Etiopía o Tanzania, han adoptado exitosamente una de sus lenguas autóctonas (Amárico / Swahili) como medios de integración nacional.

Está claro, por tanto, que la perpetuación de las lenguas europeas como lenguas oficiales no es el único ni el mejor medio de promover lingüísticamente la construcción nacional. Un análisis más pormenorizado de cada uno de los países revelaría que en la mayoría de los casos tal situación responde más bien a la determinante influencia de las viejas políticas coloniales, fomentadas por intereses neocolonialistas y reforzadas por aspiraciones elitistas endógenas. Es cierto que las declaraciones y documentos oficiales que sobre políticas y derechos lingüísticos han venido adoptando organizaciones internacionales, como la Unión Africana o la Unesco, tratan de corregir los perniciosos efectos de este legado colonial y marcan el rumbo para acciones futuras. Pero también lo es que, salvo excepciones, las reformas han sido más bien tímidas, lentas y superficiales. Como lenguas dominantes, las lenguas coloniales no sólo no promueven la autoestima nacional, sino que se han constituido de facto en agentes de exclusión social y control político. Aquí tienen los países africanos un importante reto de modernidad. Pues la independencia política se compadece mal con la dependencia lingüística y la emancipación política no es realmente efectiva si no va acompañada de la liberación cultural (Cabral 1972).

El cincuentenario de la primera oleada de las independencias africanas ofrece una oportunidad para repensar la naturaleza de los estados africanos, para reflexionar sobre la articulación política de sus sociedades, y para reconsiderar el papel que las lenguas deben jugar en esos procesos. Todo ello partiendo de las realidades africanas, y no de modelos o intereses ajenos al Viejo Continente. El concepto clave en este sentido es el de pluralismo. Pero no el viejo pluralismo eurocéntrico, que divide a los países en anglófonos, francófonos o lusófonos, sino un pluralismo africano de naturaleza plurinacional y multiétnica. Ello conlleva una articulación federal en el plano estatal, una configuración pluri-identitaria en lo social, y, por lo que respecta a las lenguas, el carácter multilingüe de las sociedades y plurilingüe de los individuos. Son muy pertinentes, en este sentido, las palabras de Joseph Ki-Zerbo al respecto (que cito en su versión portuguesa):

O problema das línguas é fundamental porque diz respeito à identidade dos povos. E a identidade é necessária tanto para o desenvolvimento como para a democracia. As línguas também dizem respeito à cultura, aos problemas da nação, à capacidade de imaginar, à criatividade. Quando repetimos numa língua que não é originalmente a nossa, exprimimo-nos de uma forma mecânica e mimética, salvo exceções. (Mas governa-se para as exceções?) Não fazemos mais do que imitar. Mas quando nos exprimimos na nossa língua materna, a imaginação liberta-se. Estou persuadido de que o federalismo iria muito mais depressa se o estabelêcessemos na base das línguas africanas. [...] Se tivéssemos partido destas bases desde as “independências” em 1960, teríamos estruturas sociopolíticas extraordinárias e um federalismo extremadamente original. Mas fizemos uma espécie de fuga para a frente, instalando-nos no statu quo colonial. (Ki-Zerbo, 2006: 75-76)

Este nuevo orden de cosas no significa, en todo caso, la abolición de las lenguas impuestas por la colonización. Esas lenguas forman también parte del patrimonio cultural africano, contribuyen a la unidad del continente, y potencian la proyección global de África. Pero para que estas lenguas juegen el papel que les corresponde en estados plenamente independientes deben perder su *status* colonial. Es decir, que una política lingüística a la altura de los tiempos que corren deberá no sólo contribuir a “descolonizar la mente”, mediante la revalorización de las lenguas autóctonas, sino también a “descolonizar las lenguas coloniales”, potenciando su carácter africano en términos de igualdad con las demás.

Los retos lingüísticos que, en función de sus propias realidades, tienen actualmente planteados los estados africanos ponen en cuestión y nos obligan a replantear los viejos modelos eurocéntricos. En este sentido, es obvio, que no sólo los africanos sino también los ciudadanos de las viejas potencias colonizadoras, nos veremos obligados a transformar nuestra percepción del papel del lenguaje de acuerdo con los nuevos tiempos. Así, el concepto de nación, heredado del siglo XIX, que identifica el estado con la nación y la nación con la lengua no resulta operativo en la realidad postcolonial africana. Los estados plurinacionales, las naciones pluriestatales, las sociedades multilingües y los individuos plurilingües son la norma, más que la excepción en África. Es más, la ecuación romántica o herderiana entre lengua, cultura e identidad, y su correlato antropológico, la hipótesis Sapir-Whorf, necesitan replantearse a la luz de la experiencia africana. La indigenización de las lenguas coloniales, el poliglotismo de las culturas autóctonas, y la multiplicación y diversificación de identidades y lealtades, desbordan el marco conceptual hasta ahora

vigente en estos asuntos y convierten a África en el espacio ideal para estudiar el surgimiento de un nuevo paradigma de alcance global.

Hay otro viejo paradigma, este de alcance africano, que a la luz de cuanto llevamos expuesto también necesita ser replanteado. Se trata de la pervivencia del modelo educativo colonial y más específicamente de la utilización de lenguas exógenas en la educación. El análisis de las políticas lingüísticas de los estados africanos revela que, con independencia del elenco de lenguas oficiales o nacionales constitucionalmente reconocidas, las lenguas coloniales juegan, salvo excepciones, un papel determinante en la educación de los africanos. Dejando a un lado otras implicaciones, cabría cuestionar el pragmatismo de tal política. ¿Resulta pedagógicamente eficaz emplear educativamente las lenguas impuestas por la colonización en países donde un 70% u 80% de la población no habla esas lenguas? Es evidente que no; y por eso hoy día los dos o tres primeros años de escolarización suelen impartirse en lenguas africanas. Pero este primer paso alentador no es suficiente para lograr una educación plenamente efectiva a largo plazo, como atestiguan el pertinaz analfabetismo, las altas tasas de abandono, el elevado porcentaje de repetidores y el bajo rendimiento en los exámenes. Es cierto que esta deficiente situación no es solamente resultado de un único fenómeno causal; pero quienes han examinado más de cerca la cuestión coinciden en señalar que el factor lingüístico tal como hoy se aplica constituye una seria amenaza para la consecución de los objetivos perseguidos (Brock-Utne & Kofi Hopson, 2005; Webb & Kembo-Sure, 2000).

Una de las mayores dificultades para transformar este estado de cosas reside en la desfavorable actitud de las poblaciones africanas respecto al valor educativo de sus lenguas. Las creen incapaces de alcanzar la paridad funcional con las lenguas coloniales y por tanto poco aptas para las necesidades comunicativas del mundo moderno. Se sorprenderían si se les explicase que esas lenguas que ellos creen superiores tuvieron que superar un día parecidos obstáculos hasta alcanzar, por la decidida voluntad de sus hablantes, la madurez que exhiben hoy. El inglés, por ejemplo, fue en la Edad Media considerada una lengua de campesinos y artesanos, reservada al ámbito privado, pero inapta para expresar las altas funciones de una sociedad civilizada. La negativa actitud hacia las lenguas autóctonas alcanza su máxima expresión cuando se trata de los idiomas criollos, a las que se tiende a considerar no como lenguas de pleno derecho, sino como variedades deformadas, degradadas y empobrecidas de las lenguas coloniales. Es significativo a este respecto que estados como Cabo Verde (o las Seychelles) que podrían desarrollar una política lingüística económicamente poco costosa para valorizar sus respectivos idiomas

criollos no hayan logrado aún superar la situación tradicional de diglosia, a pesar de los esforzados trabajos que realizan los sectores lingüísticamente más concienciados de la población (Duarte, 1999; Veiga, 2000 & 2004).

El papel de las lenguas en el ámbito educativo es un aspecto crucial de los retos modernizadores a los que se enfrentan las sociedades africanas actuales. Y lo es por su carácter multidimensional. Se suele decir que el uso de las lenguas africanas en la educación sería un factor de desunión que favorecería el etnicismo. Pero se olvida que el uso de las lenguas coloniales fomenta una división aún mayor, una división que atenta contra la esencia de las democracias modernas, ya que conlleva la creación de dos clases de ciudadanos: los incluidos y los excluidos, que Ayo Bamgboşe (2000) describe de la siguiente manera:

The included are those who by virtue of education are able to operate easily in the official language, and by the same token, have access to economic and political power. What is even more important is that they use this same position of advantage to continue to resist change and perpetuate elitism, which the use of the favoured language entails. [...] The included are a major stumbling block in the use of African languages in a wider range of domains. Apart from lack of political will by those in authority, perhaps the most important factor impeding the increased use of African languages is lack of interest by the elite [...] who stand to benefit from the maintenance of the status quo. (Bamgboşe, 2000: 1-2).

De todas las formas de exclusión, el analfabetismo es la peor. Esta afirmación no debe entenderse como una denigración de las tradiciones culturales africanas de naturaleza oral (que ciertamente necesitan protección). Se trata más bien de tener en cuenta que en el actual contexto histórico mundial, la alfabetización (y por supuesto la educación que ella facilita) es un requisito *sine qua non* para el desarrollo y la modernización de las sociedades africanas. En este sentido hemos de admitir que, a pesar de los esfuerzos realizados por los estados africanos y de los avances educativos observables, el futuro de África no es en general risueño. Para el año 2015, fecha límite establecida en el proyecto EPA (Educación Para Todos), se calcula que tres de cada cuatro niños en edad escolar que en todo el mundo no asisten a la escuela serán africanos (Zabus, 2007: xiv). Las previsiones del Banco Mundial para el año 2030 no son más halagüeñas. El desarrollo africano demanda, pues, políticas educativas más enérgicas, que combinen cantidad y calidad, y que incorporen un adecuado tratamiento de la dimensión lingüística en la educación. Las opiniones mejor informadas insisten en el valor de las lenguas africanas en la lucha contra el analfabetismo. Pues de lo que se trata en definitiva es de alcanzar para todos el

empoderamiento a través del lenguaje. Las sociedades precoloniales europeas pasaron por ese mismo proceso cuando rompieron el corsé educativo del latín y normalizaron formal y funcionalmente sus lenguas vernáculas. La modernización de las sociedades postcoloniales africanas plantea los mismos retos, pero estos deben resolverse en el marco de un nuevo paradigma, más acorde con la realidad africana, marcada por el pluralismo y la diversidad. No el viejo paradigma unitario y excluyente europeo, sino un paradigma basado en los valores africanos de inclusión y convivencia. Es aquí donde África puede realizar una contribución propia en la nueva era global.

La independencia política arrancada por los pueblos africanos a las potencias europeas en la segunda mitad del siglo XX debe en este nuevo siglo alcanzar su plenitud y extenderse a otros ámbitos aún por descolonizar. En este trabajo he defendido la necesidad de adoptar una política lingüística que supere el legado colonial. Una política que ponga en valor el papel social, cultural y político de las lenguas autóctonas. Una política, en fin, que confiera la debida importancia a la contribución que dichas lenguas pueden aportar al desarrollo africano. Por eso me parece muy pertinente citar aquí, para concluir, las palabras del lingüista congolés Musanji Ngalasso-Mwatha, para quien

L'idée que les cultures et les langues africaines sont un obstacle au développement est un cliché. Il n'y a pas de langue exclusive du développement. Toutes les langues sont des langues de développement. Si l'exclusion des langues autochtones du processus de développement a été une grave erreur stratégique, explicable dans un contexte colonial, l'exclusivité de ces mêmes langues en serait une plus grave encore. L'enfermement sur soi n'est pas préférable à l'aliénation de soi. Si la reconnaissance de la diversité est une condition de la démocratie, celle-ci est une condition du développement. Il faut donc faire le développement par tous les langues disponibles. Pour qu'une langue puisse servir au mieux le développement, il faut qu'elle soit elle-même développée: le développement par les langues suppose donc le développement des langues. (Ngalasso-Mwatha, 2010: 397-98)

Desarrollo por las lenguas y desarrollo de las lenguas. He ahí la cuestión. Más esta es materia para otra ocasión.

BIBLIOGRAFÍA

- Achebe, Chinua. 1989. Politics and Politicians of Language in African Literature. En Chinua Achebe, 2010: 96-106
- Achebe, Chinua. 1990. African Literature as Restoration and Celebration. En Chinua Achebe, 2010: 107-23.
- Achebe, Chinua. 2010. *The Education of a British-Protected Child*. London: Penguin Classics.
- Bamgboṣe, Ayo. 2000. *Language and Exclusion: The Consequences of Language Policies in Africa*. Hamburg: LIT
- Brock-Utne, Birgit & Rodney Kofi Hopson. 2005. *Languages of Instruction for African Emancipation: Focus on Postcolonial Contexts and Considerations*. Cape Town: Centre for Advanced Studies of African Society & Mkuki na Nyota Publishers (Dar es Salaam).
- Cabral, Amílcar. 1972. O papel da cultura na luta pela independencia. En Amílcar Cabral, 2008: 203-36.
- Cabral, Amílcar. 2008. *Documentário (textos políticos e culturais)*. Organização e apresentação de António E. Duarte Silva. Lisboa: Edições Cotovia.
- Duarte, Dulce Almada. 1999. *Bilinguismo ou Diglossia?* Praia: Spleen Edições.
- Herbert, Rovert, ed. 1992. *Language and Society in South Africa: The Theory and Practice of Sociolinguistics*. Johannesburg: Witwatersrand U.P.
- Ki-Zerbo, Joseph. 2006 (2003). *Para quando África. Entrevista com René Holestein*. Tradução de Carlos Aboim de Brito. Porto: Campo das Letras.
- Nngũgĩ wa Thiong'o. 1986. *Decolonising the Mind: The Politics of Language in African Literature*. London: James Currey.
- Ngalasso-Mwatha, Musanji. 2010. Un demi-siècle d'indépendance: l'hypothèque culturelle. En Makhily Gassama, ed. *50 ans après, quelle indépendance pour l'Afrique?* Paris: Editions Philippe Rey. Pp. 363-403.
- Simpson, Andrew. 2008. *Language and National Identity in África*. Oxford: Oxford U.P.
- Tomás, António. 2008. *O Fazedor de Utopias: Uma Biografia de Amílcar Cabral*. Praia: Spleen Edições.
- Veiga, Manuel. 2004. *A construção do bilinguismo*. Praia: Instituto da Biblioteca Nacional e do Livro.
- Veiga, Manuel, ed. 2000. *1º Colóquio Lingüístico Sobre o Crioulo de Cabo Verde*. Praia: Instituto Nacional de Investigação Cultural.
- Webb, Vic & Kembo-Sure. 2000. *African Voices: An Introduction to the Languages and Linguistics of Africa*. Oxford: Oxford U.P.
- Zabus, Chantal. 2007². *The African Palimpsest: Indigenization of Language in the West African Europhone Novel*. Amsterdam: Rodopi.